

XI Encuentro de Cátedras de Pedagogía
II Jornadas de Pedagogías del Sur
Sentidos, prácticas y desafíos de la pedagogía a 200 años del cruce de los
Andes

De Emilios y Pulgarcitas o la pregunta por lxs nuevxs como clave de los cambios de época

Caldo, Paula

CONICET-FHyA-UNR, paulacaldo@gmail.com Cátedra: Pedagogía.

Cintia Benítez

FHyA-UNR, cintiae.benitez@hotmail.com Cátedra: Pedagogía.

Eje temático: III: Pedagogía, producción y diálogos de saberes

Resumen

En la presente ponencia se establece una comparación entre dos libros cuyo contenido tiene un denominador común: son textos escritos por filósofos que se preguntan por la educación de lxs nuevxs (llámense infantes o jóvenes) en momentos donde las bases que sostienen la cultura se ven trastocadas. En este sentido, partimos de un supuesto que posiciona a la pedagogía como el saber que, en los cambios de época, adquiere un perfil especulativo y viene a auxiliar al pensamiento sobre el futuro, enfatizando la figura de lxs nuevxs. Concretamente estamos aludiendo a *Emilio* de Jean-Jacques Rousseau (1762) y a *Pulgarcita* de Michel Serres (2012). El juego comparativo se establecerá a partir de cuatro preguntas vinculadas a: la constitución de la infancia; la problemática de género; el lugar del experto y la escuela y el pensamiento colectivo.

Palabras clave: infancia – futuro – pedagogía – época

Introducción

En estas páginas presentaremos dos experiencias de escritura que intentan poner palabras sobre las condiciones de posibilidad de “lxs nuevxs”, cuando las bases sólidas sobre las que reposa la sociedad parecen sacudirse, dejando en tensión los supuestos de uso recurrente. Las seleccionamos porque son distantes en el tiempo y, sin

embargo, poseen un denominador común: la pregunta por esos y esas que, cuando los adultos no estén, se harán cargo de los destinos de la cultura: los y las protagonistas del futuro. Concretamente, presentaremos ambas obras y sobre ellas ensayaremos una línea de análisis que, más que cerrar, abre preguntas y problemas.

Primera experiencia. En 1762 Jean-Jacques Rousseau publicó *Emilio o de la educación*(1985). Este escrito puede ser definido como una novela de formación o como un tratado pedagógico. De una u otra manera, el pensador ginebrino intentó dejar constancia de un modo particular de educar a la infancia. Expresión nunca mejor nombrada que en este marco, puesto que fue *Jean-Jacques* uno de los primeros modernos en sistematizar un concepto específico para esta etapa de la vida (Narodowski, 1999; Meirieu, 2010). En esta obra dirá, los niños tienen un modo de ser, pensar y sentir propio y, si insistimos en ver adultos donde solo hay niños, vamos a seguir incurriendo en los errores que marcan, contaminan y tensionan la época, ese siglo XVIII que lo tiene por protagonista. Así, Rousseau, proyecta su escrito en función de la educación de los niños, alegando: no hay nadie mejor para educar a un niño que otro niño. Empero, a falta de esta posibilidad, es preciso entrenar al adulto que ejerza la tarea de educar. Ese entrenamiento conlleva un trabajo de acercamiento, observación, seguimiento y reflexión sobre la naturaleza específica de la infancia. Así, la obra de Rousseau será una cantera de permanente consulta por parte de los pedagogos, ya sea para reforzar la racionalidad, el método y la investigación (Durkheim, 1998) como también para proyectar modos específicos de intervención sobre las infancias (Caruso, 2001).

Ahora bien, qué nos cuenta Jean-Jacques bajo el título *Emilio*: la experiencia educativa de un niño, desde su nacimiento hasta los 25 años en que alcanza la edad de la razón y del matrimonio, dando así por terminado su periplo formativo. Con especial cuidado se aclara desde el principio que el muchachito protagonista es producto de la imaginación del autor. Dirá: Emilio es varón, blanco, sano, robusto, de buena familia y además cuenta con condiciones excelentes, tanto físicas como mentales, para afrontar la tarea de educarse. Rousseau devenido en preceptor, asume el desafío de acompañar a Emilio en su formación. Así, la historia inicia junto con la vida del protagonista y, a lo largo de cinco extensos capítulos (llamados libros), van describiéndose y prescribiéndose los pasos de la educación. La alimentación, los primeros cuidados del cuerpo, la relación con la nodriza. Luego el advenimiento a las primeras palabras, el uso de los sentidos; a lo que seguirá el empleo de la fuerza y los oficios. Ahí, a los 12 años, incorporará una primera lectura: *Robinson Crusoe*, luego las pasiones, la política, la razón, el matrimonio. La mirada del tutor es constante. Su cometido es que el muchachito crea que es libre, cuando en realidad lo único que hace

es someterse a la voluntad del preceptor. Durante los 12 primeros años de vida, el niño aprende a resolver y a argumentar sobre las necesidades que la cotidianeidad presenta. Solo tomará de la realidad material aquello que es necesario para tal fin. Una vez que esas condiciones están logradas, el niño comienza a leer, a trabajar, a estudiar, a viajar y a socializar con varones y mujeres. Emilio no está solo en esta historia. En el libro quinto aparece Sofía, la joven alegre, golosa y sensible que será su esposa. Esta muchacha, a diferencia del varón, posee una inteligencia práctica y su educación es monitoreada por la madre, quien se encarga de enseñarle los “*saberes de su sexo*”: labores de punto, higiene del hogar, principios de crianza de los niños, cocina, etc. Ella, educada así, será el complemento del varón consorte.

Emilio es el hombre natural viviendo en sociedad y firmante del contrato social de la voluntad general. En otras palabras, Rousseau, disconforme con su época, proyecta un futuro donde varones educados cual Emilio firmen el contrato social. Pero, para que ese futuro se logre es preciso formar a esos nuevos sujetos, apostando a la educación como clave de transformación socio-política.

Casi 342 años después, cuando corría 2012, otro filósofo, Michel Serres, publica un pequeño libro que lleva nombre de mujer, *Pulgarcita*, seguido de un extenso subtítulo: “El mundo cambió tanto que los jóvenes deben reinventar todo: una manera de vivir juntos, instituciones, una manera de ser y de conocer”. La frase deja inferir que a lo largo de esas páginas el autor describirá cómo las transformaciones de nuestro presente desafían a los jóvenes. Sin embargo, el libro inicia con un epígrafe que tiene airesrousseauianos: “Antes de enseñar algo a alguien, es necesario al menos conocerlo. ¿Quién se presenta hoy en la escuela, en el colegio, en el liceo, en la universidad?” (2013: 13). De este modo, y a los efectos de presentar a *esxs nuevxs*, el capítulo primero describe a los Pulgarcitos y a las Pulgarcitas. Estos representan una absoluta novedad, cuya destreza inusitada es utilizar los pulgares para obtener todo tipo de conocimiento necesario, situado, aquí, ahora, justo a tiempo, cuando se lo necesita para resolver los avatares de la vida diaria (Lion, 2012).

El autor afirma que ha nacido un nuevo humano, cuya experiencia vital se relaciona íntimamente con el lenguaje digital. Esto es, un sujeto cuyo nacimiento fue programado y monitoreado en laboratorios, su socialización transcurre en las arterias fluctuantes de las redes y su bagaje de conocimiento es construido y acuñado por medio de los soportes tecnológicos. Así, su formación ya no demanda la presencia constante de un adulto experto, sino que todo lo resuelve acudiendo a su capacidad de sobrellevar riesgos, a la creatividad y a los recursos tecnológicos. Es decir, nacieron, socializan, leen, escriben, producen, estudian, se enamoran diferente a como lo hizo la generación de Serres. Los Pulgarcitos y las Pulgarcitas no necesitan

casi de escuelas que les enseñen conceptos, fórmulas o teorías. Ellos ya son, ya saben, ya poseen la información necesaria en su ordenador portátil y desde allí operan sobre el mundo.

Ahora bien, qué relata Michel Serres en su libro. El autor describe la experiencia de varones y mujeres de 18 años de edad, activos protagonistas y operadores de la realidad virtual. Lo hace mediante un ensayo breve dividido en tres partes: *Pulgarcita*; *La escuela* y *La sociedad*. Parte del individuo, enunciado en el título, para luego ir situándolo en contextos más amplios. Serres describe individuos plenos, que ya no necesitan trazar vínculos sólidos con otros, puesto que sus identidades y sentimientos fluyen por la red encontrando contactos que activan sus existencias. Su ser trastoca los términos de la sociedad y de la escuela: “el individuo ya no sabe vivir en pareja, se divorcia; ya no sabe estar en clase, se mueve y charla; ya no va a rezar a la iglesia. El verano pasado nuestros futbolistas no supieron armar equipo; ¿acaso saben nuestros políticos construir un partido plausible o un gobierno estable?” (2013: 25). Resignando así a toda capacidad de pensar en colectivo, solo nos resta aprender a convivir con la novedad, resignificar nuestros modos de intervenir, quedando librados a la aventura de inventar formas de aprender.

El texto de Serres es descriptivo al tiempo que prescriptivo, en tanto propone dejarse llevar por el flujo y por la experiencia de *aprender a aprender* estos nuevos modos de apropiación de conocimientos. Así, la prescripción ya no presenta un plan de acción cerrado, sino una invitación a trabajar para construir nudos de presentes que, en cadena, se proyecten hacia adelante.

Nuestra hipótesis

Tres son los fundamentos que nos llevaron a comparar estos dos libros. El primero, es de orden práctico, trabajamos en una cátedra de Pedagogía (del Ciclo de Formación Docente de la Escuela de Ciencias de la Educación de la Facultad de Humanidades y Artes UNR), y el programa de la asignatura ofrece como lectura obligatoria ambos libros. Luego, en segundo lugar, teniendo en el horizonte de expectativas la clásica división entre sociedades disciplinarias y sociedades de control que plantea Deleuze (1991), fijamos como primer supuesto que, por un lado, *Emilio* alude a las formas de regulación y educación propia de las sociedades disciplinarias en tanto *Pulgarcita* es un claro exponente de las sociedades de control. Finalmente, en el marco del Proyecto de Investigación y Desarrollo (PID): “Pasado y futuro del verbo educar: la pedagogía y el tiempo que vendrá” (radicado en la Secretaría de Ciencia y Tecnología de la UNR y dirigido por la Dra. Silvia Serra), nos preguntamos por las utopías y sus proyecciones sobre las figuraciones del futuro, entiendo aquí que pensar a los nuevos es trazar

mapas subjetivos sobre lo que todavía no es, pero que en términos políticos y sensibles se desea que sea. Justamente, el saber pedagógico mediante sus intervenciones viene a ser el garante de la concreción de ese deseo. En palabras de Inés Dussel: “el futuro es sobre todo ilusión. Y la ilusión, no es verdadera o falsa. Es una creencia que esta empujada por la fuerza del deseo. No importa tanto su nexo con la realidad efectiva como su vínculo con el deseo” (2003: 75). Con esa inclinación a trazar futuros posibles a los efectos de sobrellevar el presente.

Sumando estas argumentaciones sostenemos la siguiente hipótesis: tanto en los albores de la modernidad (modernidad clásica) como en su ocaso (o momento de extrema madurez), la sociedad occidental experimenta conmociones con sus consecuentes explicaciones que intentan ponderar anclajes en la época. Ese afán de explicar la novedad renueva la agenda de problemas científicos y, para el caso de la Pedagogía se activa como invariante la pregunta por lxs nuevxs. Por lo tanto, en la cultura convulsionada de la modernidad clásica (Berman, 2006), cuando aún los sujetos ensayaban modos de pensar una sociedad que se advertía con transformaciones profundas y puntos de no retorno, Jean-Jacques Rousseau piensa en la sociedad del porvenir y elabora una obra pedagógica cuya principal pregunta reposa sobre la figura de Emilio, el nombre de la novedad. 300 años después, la misma acometida emprende Serres. Cuando lo viejo muere y lo nuevo aún no nace, el filósofo anuncia el porvenir de nuevos sujetos, mujeres y varones, capaces de querer, conocer, escribir, leer, pensar y sentir de un modo propio, particular, diferente al de los contemporáneos. Entre *Emilios* y *Pulgarcitas* la centralidad del pensamiento pedagógico cobra fuerza.

Reflexiones abiertas: parecidas, pero no iguales

Rousseau y Serres se preguntan por lxs nuevxs, los herederos, los que se harán cargo del mundo cuando los adultos no estemos. Asimismo, esa pregunta es realizada por una pluma ágil, creativa, que evade toda marca de convención académica. Esto último, si bien puede resultar factible para un escritor ilustrado del siglo XVIII, no lo es tanto para alguien que proyecta su propuesta en el campo intelectual de inicios del siglo XXI. Sin embargo, la pregunta por lxs nuevxs provoca una escritura ensayística que transita en el borde de la ciencia y la literatura. Pensar lo que va a ser, pero que todavía no es, tensiona las formas tradicionales de escritura dejando libre la imaginación y el deseo del autor.

Sendos autores no perciben con ánimo negativo a la novedad que presentan. Por el contrario, la celebran. *Emilio* es la promesa de humanidad que dará finalmente una forma de gobierno justa y democrática, en tanto *Pulgarcita* es “una buena noticia”

(2013: 25) que viene a superar los arrebatos egoístas del sujeto moderno con una agenda cultural por inventar. No obstante, Rousseau cual maestro moderno, prescribe un plan de acción para construir a *Emilio*, mientras que Serres se limita a acompañar a esa novedad que ya es.

Por lo cual, dejamos como corolario de esta comparación cuatro preguntas-problemas que abren rutas de análisis:

- 1- La pregunta por la infancia. Jean-Jacques Rousseau sistematiza el primer concepto moderno de infancia. No sólo la define, sino que la acompaña en términos pedagógicos durante su existencia y desenlace en la edad de las pasiones y la razón. En cambio, Serres alude a jóvenes y lo sitúa en una edad: 18 años. Empero, los giros narrativos del libro hacen pensar que esos Pulgarcitos no tienen exclusivamente de 18 años, también pueden tener 10 o 5 o menos. En otras palabras, la juventud coloniza los modos de pensar el ideal de sujeto y así transforma la concepción de niñez (Corea, Lewkowicz, 1999). De este modo, para la modernidad clásica, la novedad y el sujeto de tratamiento educativo, era la infancia; para nuestro presente, la cuestión reside en la juventud. No ya niñez o adolescencia, sino jóvenes. Esa categoría cultural que se recorta en una franja etaria de difícil delimitación puesto que su semántica reposa sobre atributos culturales y políticos. Joven es quien además de tener determinada imagen corporal, hace uso de vocabularios y ensaya prácticas específicas (Kantor, 2008).
- 2- La pregunta por el género. Nadie duda de que Rousseau es quien sistematiza los principios del patriarcado moderno (Cobo, 1995; Caldo, 2009). Precisamente, Emilio y Sofía reúnen todas las características de la pareja heterosexual: varón racional, sostén económico y activo políticamente y mujer complemento, madre y dedicada a los cuidados de la familia y del hogar. Por el contrario, Pulgarcita da un giro de 180 grados porque es mujer. El mismo Serres explicita que la elección del nombre femenino es una alusión directa a “la victoria que las mujeres” obtuvieron en el presente (p. 81). Empero, ese personaje representa algo más: el estallido de cualquier estereotipo y jerarquía de género. Son individuos que se proyectan en el mundo desde su singularidad y su fin es fluir sin puntos fijos o moldes. Ellos y ellas no quedan atados en ningún lugar estable. Así, conocen, viven, aman y se relacionan en un constante fluir, en el cual las identidades en general y de género en particular mutan en el flujo.
- 3- La pregunta por el experto. Jean-Jacques Rousseau es el nombre del intelectual capaz de prescribir y acompañar el advenimiento de su obra

(*Emilio*). Él es el autor del tratado pedagógico y de los términos del contrato social. Desde su capacidad de pensar, fija el plan de acción que Emilio seguirá a los fines de educarse. El pequeño aprendiz no solo irá resolviendo las situaciones que su tutor le presente, sino que leerá a medida que este lo pauté y se apropiará del contenido de obras escritas por el maestro. Nadie duda de la voz experta de Rousseau, justamente el historiador Robert Darnton (1987), se encargó de revisar la correspondencia de los lectores de Rousseau, en la que estos dan cuenta de cómo *Emilio* ofició de guía pedagógica para la educación de las infancias. Así, maestro, tutor, experto, autor son claves estimadas para los modernos. La situación da un giro de 180 grados cuando entramos en los ritmos de aprendizaje de las Pulgarcitas y los Pulgarcitos. Aquí, el acceso al flujo de conocimientos que circulan por las redes estalla todo ejercicio de centralización del conocimiento. La posibilidad de, en cualquier momento y lugar, “googlear” la palabra clave, el tema sugerido o la pregunta inquietante, corroe la centralidad del maestro. Ahora la tarea es otra, ya no transmitir la palabra justa o el concepto último, sino generar capacidades, acompañar trayectos, fomentar deseos. En la transición de la modernidad clásica a nuestro presente, pasamos del aprender a ser como *Emilio* al aprender a aprender de *Pulgarcita*.

- 4- El lugar de la escuela y el pensamiento colectivo. Para Jean-Jacques la escuela no es objeto de prescripción. Dos motivos lo explican, en su época estas estaban situadas en las grandes urbes y representaban un ensayo de mediación y corrupción de la naturaleza del niño (educaban adultos, ni infantes); luego, en el siglo XVIII los sistemas educativos aún no se habían conformado, por lo cual la escuela era una cuestión acotada en términos de cobertura, masividad y control centralizado. No obstante, la educación que el ginebrino piensa para su Emilio, apunta a formar al individuo firmante del contrato de la voluntad general. Es decir, cuando Rousseau describe al hombre en el estado de naturaleza, lo define como “el entero absoluto”, un individuo pleno que no tiene registro de los otros, no posee vocabulario y solo toma de la naturaleza lo que necesita para sobrevivir. Así, solo y errante en los bosques pasa sus días sin odios, sin rencores, sin razón, pero gozando de la libertad que le es constitutiva y sin pasar necesidades. Ese individuo pierde su condición al ingresar al mundo social, ahí se fragmenta en función de la mirada de los otros. Ingresa de lleno al reino de las apariencias, donde no importa tanto ser, como parecer. Mediaciones, obstáculos, representaciones, corrupción, engaños, mentiras van apartando a los hombres de ese idílico

estado de calma y transparencia (Rousseau, 1992). Si bien, Rousseau no es un regresionista, sí pretende para el hombre algunos de los atributos del hombre natural que lo situaban en una, aunque frágil, felicidad al fin (Todorov, 1987). Así, Emilio es educado en la ponderación y saciedad de sus necesidades y en vista a generar el gobierno de la voluntad general. 300 años después, Serres anuncia la existencia real del individuo pleno. Pulgarcita, pasando sus días en medios digitales y dejando que sus deseos, pasiones y conocimientos fluyan en red, se despega de todo vínculo sustancial con sus pares. Por lo cual, ella es el individuo absoluto. Ese sujeto no necesita familias, amigos, espacios sólidos, pero tampoco escuelas. A lo sumo puede contar con un guía de trayecto, un guardián emocional o una escucha atenta. Sobrevivir al movimiento es la meta, así se trata de sujetos nómades, cuya identidad y filiación fluctúa sin retorno (Braidotti, 2000). Deleuze(1991) decía que la sociedad de control, en la que habitan los Pulgarcitos, es el reinado de los *dividuos*, de esos seres que sólo son en tanto se los detecta conectados en el flujo. A esta figura sedienta de reconocimiento cibernético constante, Serres llama individuo. Ese ser que, si bien necesita conexión, su existencia no depende de elencos estables, sino del gesto de ser reconocido más allá de la especificidad identitaria del quién. Así, la agencia de los Pulgarcitos se proyecta como el tipo ideal de las ensoñaciones solitarias de Rousseau.

Bibliografía

- BERMAN, M. (2006) *Todo lo solido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. Siglo XXI: México.
- BRAIDOTTI, R. (2000) *Sujetos nómades*. Piados: Buenos Aires.
- CALDO, P. (2009) “Soñar con Wollstonecraft y despertar con Rousseau. Reflexiones en torno a la educación de la mujer doméstica argentina en los tiempos del Centenario”. En Paula Caldo autora *Mujeres cocineras. Hacia una historia sociocultural de la cocina. Argentina a fines del siglo XIX y primeras décadas del XX*. Prohistoria: Rosario. Pp. 49-72.
- CARUSO, M. (2001) “¿Una nave sin puerto definitivo? Antecedentes, tendencias e interpretaciones alrededor del movimiento de la Escuela Nueva”. En Pablo Pineau, Inés Dussel y Marcelo Carusoautores *La escuela como máquina de educar. Tres escritos sobre un proyecto de la modernidad*. Paidós: Buenos Aires. Pp. 93-131.
- COBO, R. (1995) *Fundamentos del patriarcado moderno: Jean-Jacques Rousseau*. Cátedra: Madrid.

- COREA, C. LEWKOWICZ, I. (1999) *¿Se acabó la infancia? Ensayo sobre la destitución de la niñez*. Lumen Humanitas: Buenos Aires.
- DARNTON, R. (1987) *La gran matanza de gatos y otros episodios de la historia de la cultura francesa*. FCE: México.
- DELEUZE, G. (1991) "Posdata sobre las sociedades de control". En Christian Ferrer compilador *El lenguaje libertario*. Nordan-Comunidad: Montevideo. Pp. 17-23.
- DURKHEIM, E. (1998) "La pedagogía de Rousseau: plan de lecciones". En Emile Durkheim autor *Educación y pedagogía. Ensayos y controversias*. Losada: Buenos Aires. 77-122.
- DUSSEL, I. (2003) "Lecturas de Matrix. Sobre escuelas, tecnologías y futuros". En Alejandra Birgin y Javier Trímboli compiladores *Imágenes de los noventa*. El Zorzal: Buenos Aires. Pp. 73-100.
- KANTOR, D. (2008) *Variaciones para educar adolescentes y jóvenes*. Del Estante: Buenos Aires.
- LION, C. (2012) "Pensar en red. Metáforas y escenarios" en Mariano Narodowski y Alejandra Scialabba compiladores *¿Cómo serán? El futuro de la escuela y las nuevas tecnologías*. Prometeo: Buenos Aires. Pp. 29-60.
- MEIRIEU, Ph. (2010) *Una llamada de atención. Cartas a los mayores sobre los niños de hoy*. Ariel: Buenos Aires.
- NARODOWSKI, M. (1999) *Infancia y poder. La conformación de la pedagogía moderna*. Aique: Buenos Aires.
- ROUSSEAU, J.J. (1985) *Emilio o de la educación*. Akal: Madrid.
- ROUSSEAU, J.J. (1992) *El contrato social y otros escritos*. Porrúa: México.
- SERRES, M. (2013) *Pulgarcita. El mundo cambió tanto que los jóvenes deben reinventar todo: una manera de vivir juntos, instituciones, una manera de ser y de conocer*. Fondo de Cultura Económica: Buenos Aires.
- TODOROV, T. (1987) *Frágil felicidad. Un ensayo sobre Rousseau*. Gedisa: Barcelona.